

APRENDIENDO A LLEVAR CARGAS

-¿Por qué tengo que ayudar siempre a lavar los platos? -murmuró Margarita-. Yo quiero salir a jugar a la escondida con las otras chicas.

-Bueno, querida, yo necesito tu ayuda: y así podré terminar con el trabajo de la cocina y seguir con la costura que necesita hacerse.

Margarita frunció el ceño, murmuró y protestó mientras secaba los platos, vaciaba el tarro de la basura y barría el piso.

Llegó la siguiente comida, y cuando terminó, Margarita volvió a quejarse.

-¡Platos, platos, platos! Yo no quiero lavar platos. Quiero andar en bicicleta.

Y se dejó caer en una silla, muy enfadada.

-¡Margarita, qué cara tienes! -se rió la mamá-. ¡Y debieras sentirte agradecida! Hay muchos niñitos y niñitas que viven en la India, en el África y en la China y aun aquí en América que no tienen que ayudar a sus madres a lavar los platos. ¿Y sabes por qué? Porque no tienen nada que comer, de modo que no hay ningún plato que lavar. ¿No estás agradecida por haber tenido una buena comida?

-No -respondió Margarita-. ¡No lo estoy! Ojalá que no tuviéramos que volver a comer, porque entonces no tendría que quedarme adentro ayudando a lavar los platos mientras los otros chicos están jugando afuera.

-Pero ésa es la forma como aprendemos a asumir responsabilidades en el hogar. Todos sentimos hambre y tenemos que comer. Todos nos cansamos y necesitamos una buena cama para dormir. Necesitamos ropas para usar, y cuando se ensucian, hay que lavarlas y plancharlas. Papá trabaja fuerte para ganar el dinero con que comprar lo que necesitamos. Yo estoy siempre ocupada cocinando, lavando, planchando y cosiendo. ¿Crees que sería justo que tú gozaras de todas esas ventajas en nuestro hogar y nunca ayudarás?

-A mi no me importa -murmuró Margarita-. Quiero jugar con Corina. ¡Corina nunca tiene que ayudar a su mamá!

-Muy bien, si tú realmente prefieres jugar con la muñeca de Corina en lugar de comer, supongo que podemos arreglar para que lo hagas. Pero temo que no te vas a divertir mucho jugando sin haber comido primero.

-Si no como, ¿tengo que lavar los platos?

-Veamos ... no! -replicó la mamá-. Creo que no. Si no comes, no sería justo que tuvieras que lavar los platos. Si quieres, puedes irte a jugar.

-¡Qué lindo!

Margarita corrió afuera para llamar a Corina. Juntas le hicieron ropas a la muñeca hasta que ésta tenía un guardarropa lleno de hermosos vestidos. Luego, junto con Patricia y Beatriz, otras dos

niñas vecinas, fueron a andar en patines. Recorrieron la acera lisa, de abajo para arriba y de arriba para abajo volando en sus patines, riendo y conversando alegremente.

«Oh, esto es hermoso -pensó Margarita-. No he tenido que entrar en la casa durante toda la tarde. Puedo jugar con mis amigas tanto tiempo como quiera».

Cuando Esteban, el muchacho que vivía en la casa de al lado, llegó de la escuela, todos los niños fueron al gran patio de atrás de la casa de Margarita para jugar al tejo.

Cuando llegó la hora de la cena, la mamá salió a la puerta de atrás y llamó:

-Papá llegó a casa, Margarita. ¿No quieres entrar ahora?

-¿Tengo que hacerlo? -preguntó Margarita.

-Oh, no querida -respondió la madre-. Puedes quedarte afuera a jugar si estás segura de que no quieres cenar con nosotros.

También la madre de Corina no tardó en llamar a su hija para cenar. Luego se fue Beatriz. Entonces Patricia dijo que tenía hambre y que se iría. Y finalmente el papá de Esteban lo llamó con un silbido. Y con eso Margarita quedó sola y no tuvo a nadie con quien jugar al tejo. ¡Ah!, tenía la solución. Andaría en bicicleta. Ahora le quedaba la acera para ella sola.

No se explicaba por qué, pero estando sola no se divertía tanto como antes. Hasta su perro prefirió entrar en la casa. Seguramente estaría comiendo su comida, y alguna cosita que le tiraran de la mesa.

Después de un rato los otros niños regresaron para jugar. Margarita oyó que la madre estaba lavando los platos; luego escuchó que levantaba la tapa del tacho de basura y echaba en él los desperdicios y las servilletas de papel que habían usado para la cena.

Las luces de las casas comenzaron a encenderse y uno tras otro sus compañeros de juego se fueron yendo. Ya era muy oscuro para seguir jugando y Margarita entró a la casa por la puerta de la cocina. Esta estaba en orden y limpia. En la sala el papá estaba sentado en su silla favorita leyendo el periódico y la mamá se hallaba ocupada en la máquina de coser que tenía en un rincón. Detrás de ella, extendido sobre el respaldo de la silla, estaba el vestido nuevo de Margarita.

-Oh, ¿está terminado mi vestido, mamá?

-Sí, querida. Ahora le estoy haciendo el cinturón y entonces estará listo para usarlo el sábado que viene para ir a la iglesia. Debes sentirte cansada después de haber jugado tanto, Margarita. Sería bueno que vayas a bañarte y alistarte para ir a la cama.

Margarita se sintió un poco extraña mientras se bañaba y se ponía el pijama. El papá subió a su cuarto y le leyó algo. Cuando hubieron orado, él la abrigó en su hermosa camita limpia y le dijo:

-Buenas noches, querida. Que tengas un dulce descanso.

Eso es lo que siempre el papá le decía cuando la ponía en cama. Pero Margarita no sentía que iba a tener un dulce descanso. Tenía hambre. No lo había notado mientras estaba jugando. ¡Pero ahora sentía el estómago vacío!

Y también estaba pensando en su vestido nuevo. Mientras ella jugó durante toda la tarde y la noche, la madre había estado cosiendo para que ella pudiera usar algo nuevo y hermoso para la iglesia.

En ese momento oyó que alguien subía por la escalera. Era la madre quien no tardó en entrar en el cuarto y fue a sentarse en el borde de la cama de Margarita.

-¿No te gustaría tomar este jugo de naranja, querida? Estoy segura de que tendrás hambre. Esto te ayudará a dormir mejor -dijo mamá-.

Entonces Margarita se sintió peor que nunca. La mamá era siempre tan bondadosa y considerada con ella. Margarita bebió jugo lentamente. Cuando lo terminó, le devolvió el vaso a la mamá y se pasó la lengua por los labios.

-Gracias -dijo casi en un susurro. La mamá se inclinó para besarla, y Margarita estalló en lágrimas.

-Lo siento, mamá -sollozó.

-¿Lo sientes? ¿No pasaste una linda tarde jugando?

-¡Oh, sí! -Sollozó Margarita-. Pero me siento muy egoísta. Mientras yo jugaba tú estabas haciendo el vestido. Y también tuviste que limpiar la cocina. Y hoy no te ayudé nada. ¿No estás cansada, mamá?

-Sabes ... yo estaba cansada cuando subí la escalera -dijo la mamá secándole las lágrimas a Margarita-. Pero ahora me siento mucho mejor. Si mi hijita ha aprendido cuán importante es ayudar a otros, entonces éste ha sido un día muy bueno. ¿Recuerdas el versículo de memoria que tuviste hace un par de semanas? Dice así: «Sobrellevad los unos las cargas de los otros». ¿Crees tú que Jesús hubiera jugado todo el día y habría permitido que su madre hiciera todo el trabajo sola?

-No, mamá, estoy segura de que él no lo habría hecho. Jesús nunca fue egoísta. Me alegro por que hoy descubrí lo que realmente significa ese versículo de memoria.

Y Margarita volvió a acurrucarse debajo de los cobertores para, pasar una buena noche de sueño y tener un dulce descanso.

TAGS:

Amor, ayuda, generosidad, egoísmo, cooperación, gratitud